

Dashiell Hammett

La llave de cristal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Glass Key*
Traducción de Fernando Calleja

Esta obra fue publicada por primera vez en Estados Unidos en forma de libro por Alfred A. Knopf, Inc.

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1968
Tercera edición: 2011
Segunda reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alfred A. Knopf, Inc., 1931; renovado en 1959 por Dashiell Hammett
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

ISBN: 978-84-206-5357-0
Depósito legal: B. 8.970-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. El muerto de China Street
47	2. El truco del sombrero
72	3. Nitroglicerina
109	4. Perro con cencerro...
133	5. El hospital
163	6. El <i>Observer</i>
196	7. Los adictos
222	8. A Dios y a ventura
250	9. Los granujas
274	10. La llave rota

A Nell Martin

1. El muerto de China Street

1

Los dados verdes rodaron sobre la mesa verde, chocaron juntos contra el borde y rebotaron hacia atrás. Uno se detuvo en seguida mostrando dos filas parejas de seis puntos blancos en la cara superior. Los otros dos fueron a detenerse en el centro de la mesa, y cada uno mostró un solo punto blanco.

Ned Beaumont dejó oír una apagada exclamación y los ganadores retiraron su dinero de la mesa.

Harry Sloss recogió los dados y los agitó en una mano ahuecada, blanca, grande y vellosa.

–Van dos chicas –dijo, y dejó caer sobre el tapete dos billetes, uno de veinte dólares y otro de cinco.

Ned se apartó de la mesa y dijo:

–Andad con él, muchachos. Yo tengo que ir a reposar.

Cruzó la sala de billar hasta la puerta. En ella se encontró con Walter Ivans, que entraba.

–Hola, Walt –le dijo.

Hubiera seguido su camino, pero Ivans le retuvo, agarrándole de un codo y dando un cuarto de vuelta para quedar frente a él.

–¿Hab-blaste con P-p-paul? –y cuando dijo P-p-paul salió por entre sus labios una fina rociada.

–Voy a subir a verle ahora.

Los ojos azul porcelana de Ivans iluminaron la rotunda cara hasta que Ned entornó los ojos y le dijo:

–No te hagas muchas ilusiones. Si pudieras tener un poco de paciencia...

Un ligero estremecimiento sacudió el mentón de Ivans:

–¡P-p-pero ella va a t-t-tener el niño el mes que v-v-viene!

Los oscuros ojos de Ned expresaron sorpresa. Se soltó el brazo de la mano del hombre, más bajo que él, y dio un paso atrás. Una de las comisuras de la boca tembló nerviosamente bajo el moreno bigote.

–Es mal momento, Walt, y... te ahorrarás una desilusión si no esperas mucho antes de noviembre –y los ojos se entornaron y quedaron vigilantes.

–P-p-pero si le dices...

–Se lo diré con todo interés, y tú deberías saber que hará todo lo que pueda, pero en este momento se encuentra en una situación difícil.

Movió los hombros y la expresión de su cara quedó sombría salvo por la luminosidad de los despiertos ojos.

Ivans se humedeció los labios y parpadeó varias veces:

–S-s-sube ahora –dijo con voz suplicante–. T-t-te esp-p-peraré aquí.

2

Ned subió la escalera encendiendo un puro fino y moteado de verde. En el primer piso, bajo el retrato del gobernador del Estado, torció hacia la parte delantera del edificio y llamó con los nudillos a la gran puerta de roble en que terminaba el pasillo.

Cuando oyó el «Adelante» de Paul Madvig, abrió la puerta y entró.

Madvig estaba solo, de pie junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, de espaldas a la puerta y mirando a China Street a través de la persiana bajada.

Se volvió lentamente y dijo:

—¡Ah, eres tú!

Era un hombre como de cuarenta y cinco años, tan alto como Ned, pero con unos veinte kilos más, aunque no tenía nada de grasa. Tenía el pelo rubio, y lo llevaba con raya en medio y aplastado hacia atrás. Su rostro era agraciado, aunque algo rojizo y de facciones abultadas. Sus ropas no eran llamativas únicamente debido a su calidad y a la soltura con que el hombre las llevaba.

Ned cerró la puerta y dijo:

—Préstame algo de dinero.

Madvig sacó una abultada cartera de cuero de un bolsillo interior.

—¿Cuánto quieres?

—Unos doscientos.

Madvig le dio un billete de cien dólares y cinco de veinte al tiempo que le preguntaba:

—¿Dados?

–Gracias. Sí –dijo Ned guardándose los billetes.

–Llevas ya una racha larga sin ganar, ¿no? –le preguntó Madvig, que volvió a meterse las manos en los bolsillos.

–No tan larga. Un mes o seis semanas.

–Es larga cuando se trata de perder –dijo Madvig sonriendo.

–Para mí, no –y en su voz pudo apreciarse un ligero matiz de enojo.

Madvig hizo sonar unas monedas en el bolsillo.

–¿Cómo va el juego esta noche?

Se sentó en una esquina de la mesa y contempló sus relucientes zapatos de color. Ned miró con curiosidad al hombre rubio, sacudió la cabeza y dijo:

–Flojo.

Se acercó a la ventana. Por encima de las casas de la acera de enfrente se veía un cielo negruzco y encapotado. Pasó por detrás de Madvig, cogió el teléfono y pidió un número.

–Hola, Bernie. Soy Ned. ¿A cómo se paga Peggy O’Toole? ... ¿Nada más? ... Bueno, ponme quinientos a ganador y mil a colocado... Claro que sí... No, lo que apuesto es que va a llover; y si cae agua, Peggy le ganará a Incinerator... Pues dame más momio... Conforme.

Colgó el teléfono y pasó por detrás de Madvig para quedar de nuevo frente a él.

–¿Por qué no lo dejas unos días cuando te da una de estas malas rachas? –le preguntó Madvig.

–Es inútil. Sólo consigues que duren más. Lo que he debido hacer es poner los mil quinientos a ganador en vez de tratar de cubrirme. Es mejor perder pronto todo

lo que tengas que perder cuando estés de malas y acabar con la racha.

Madvig se rió suavemente y alzó la cabeza para decir:

–Si puedes aguantar.

Ned arqueó hacia abajo la boca en una sonrisa, y las puntas del bigote siguieron en igual dirección a las comisuras de los labios.

–Soy capaz de aguantar todo lo que haga falta.

Ya tenía la mano preparada para abrir la puerta cuando Madvig le dijo sinceramente:

–Sí, creo que puedes, Ned.

Ned se volvió y preguntó secamente:

–Puedo ¿el qué?

Madvig miró hacia la ventana y respondió:

–Aguantar lo que haga falta.

Ned estudió el perfil de Madvig. El hombre rubio se movió como para rehuir el examen y volvió a hacer sonar las monedas en el bolsillo. Ned le miró con ojos inexpressivos y preguntó en tono de completa perplejidad:

–¿Quién?

Enrojeció la cara de Madvig. Se levantó de la mesa y dio un paso hacia Ned.

–¡Vete al diablo! –le dijo.

Ned se echó a reír. Madvig sonrió recelosamente, se enjugó la cara con un pañuelo de jaretón verde y le preguntó:

–¿Por qué no has venido por casa? Yaya me estaba diciendo anoche que hace un mes que no te ve.

–Puede que caiga por allí una noche de esta semana.

–A ver si es verdad. Ya sabes que mi madre te quiere. Ven a cenar.

Madvig se guardó el pañuelo. Ned volvió a dirigirse hacia la puerta lentamente, observando a hurtadillas al hombre rubio. Cuando ya tenía la mano sobre el picaporte, preguntó:

–¿Para qué querías verme?

–Sí. Bueno... –dijo, y se interrumpió para aclararse la voz–. Es que, verás, hay algo más.

Pareció esfumarse repentinamente su turbación. Siguió hablando, al parecer completamente tranquilo y dueño de sí mismo:

–Tú sabes más que yo acerca de estas cosas. El jueves es el cumpleaños de Janet. ¿Qué te parece que le regale?

Ned soltó el picaporte. Se volvió y miró de frente a Madvig. Ya había desaparecido su mirada de reprobación. Echó una bocanada de humo y preguntó:

–¿No iban a dar no sé qué fiesta de cumpleaños?

–Sí.

–¿Te han invitado?

Madvig negó con la cabeza y dijo:

–Pero voy a ir a cenar allí mañana.

Ned bajó la mirada para contemplar el puro y luego la alzó hasta Madvig:

–Paul, ¿vas a apoyar al senador?

–Sí, creo que le apoyaremos.

La voz suave de Ned hizo juego con su sonrisa cuando volvió a hablar:

–¿Por qué?

–Porque con nuestro apoyo –dijo sonriendo Madvig– derrotará por muchos votos a Roan, y con su ayuda lograremos la elección de todos nuestros candidatos tan fácilmente como si no tuvieran a nadie enfrente.

Ned se metió el puro en la boca y preguntó, hablando todavía con voz suave:

–¿Ganaría el senador estas elecciones sin tu ayuda? –y pronunció con énfasis el *tu*.

–No tendría ninguna probabilidad –dijo con total seguridad y en voz normal.

Hubo una ligera pausa que cesó al preguntar Ned:

–¿Lo sabe él?

–Debería saberlo mejor que nadie. Y si no lo supiera... ¿Qué demonios te ocurre?

La risa de Ned fue sardónica:

–Y si no lo supiera, tú no irías a cenar allí mañana.

Madvig frunció el ceño y volvió a preguntar:

–¿Qué demonios te ocurre?

Ned se sacó el cigarro de la boca. Los dientes habían hecho tiras la punta.

–No me ocurre nada –respondió, y con expresión más reflexiva preguntó–: ¿Tú crees que el resto de la candidatura no necesita su apoyo?

–A ninguna candidatura le sobra apoyo jamás –contestó Madvig sin dar importancia a la respuesta–, pero aun sin su apoyo, aun sin su apoyo saldríamos adelante.

–¿Le has prometido ya algo?

–Está poco menos que convencido –dijo Madvig frunciendo los labios.

Ned bajó la cabeza hasta quedar mirando al hombre rubio por debajo de las cejas. Había palidecido.

–Acaba con él, Paul –dijo en voz baja y ronca–, hún dele.

Madvig se puso los puños sobre las caderas y exclamó en voz baja e incrédulamente:

–¡Ésa sí que es buena!

Ned pasó por delante de Paul, y con dedos inseguros aplastó la colilla encendida del puro contra un cenicero de cobre repujado que había sobre la mesa.

Madvig contempló al hombre más joven hasta que éste se enderezó y dio la vuelta. Y entonces el hombre rubio le sonrió con cariño y exasperación:

–¿Qué te hace dar esos cambios, Ned? Todo va sobre ruedas, y de repente, sin motivo alguno, tiras por la calle de en medio. Te aseguro que no te entiendo.

Ned hizo una mueca de asco.

–Está bien, olvídalo –dijo, para volver inmediatamente al ataque con una pregunta escéptica–: ¿Crees que se va a portar honradamente contigo una vez que le hayan elegido?

–Sé cómo manejarlo –y el tono de su voz indicaba que no sentía preocupación alguna.

–Puede que sí. Pero recuerda que jamás le han derrotado en nada.

Madvig expresó su conformidad con un gesto:

–Lo sé, y ésa es una de las mejores razones para juntar fuerzas con él.

–No, Paul, no. No lo es –dijo Ned sinceramente–. Es la peor de todas. Piénsalo, aunque el hacerlo te duela. ¿Hasta qué punto te tiene enganchado esa preciosidad de hija rubia que tiene?

–Me voy a casar con Janet –dijo Madvig.

Ned puso los labios como si fuera a silbar, pero no lo hizo. Guiñó los ojos y preguntó:

–¿Forma eso parte del acuerdo?

Madvig sonrió como un muchacho y respondió:

–Nadie lo sabe, excepto tú y yo.

Las sumidas mejillas de Ned se arrebolaron ligeramente. Sonrió con la mejor de sus sonrisas y dijo:

–Puedes estar seguro de que no iré por ahí vanagloriándome de saberlo. Y deja que te dé un consejo. Si eso es lo que quieres, haz que te lo den por escrito y que lo declaren bajo juramento ante notario y que depositen una fianza en metálico. O mejor todavía, arregla que la boda se celebre antes del día de las elecciones. De esa manera estarás más seguro de tu libra de carne por lo menos, o quizá debiera decir seguro de los sesenta kilos que pesará ella.

Madvig movió los pies con desagrado. No quiso mirar a Ned cuando dijo:

–No sé por qué te empeñas en hablar del senador como si fuera un hampón. Es un caballero y...

–¡Qué duda cabe! Puedes leerlo en el *Post*: uno de los pocos aristócratas que se dedican a la política en Estados Unidos. Y aristócrata es su hija. Y precisamente por eso es por lo que te aconsejo que, cuando vayas a verlos, te abroches bien la camisa, o saldrás sin ella; porque para ellos tú eres una forma de vida animal inferior con la que no es menester obedecer las reglas del juego.

Madvig suspiró y comenzó a decir:

–Venga, Ned, no seas tan...

Pero Ned había recordado alguna otra cosa y los ojos le brillaban maliciosamente.

–Y no debemos olvidar que el hermano, Taylor Henry, también es un aristócrata, lo cual es probablemente uno de los motivos que te indujeron a impedir que Opal siguiera tonteando con él. ¿Qué va a pasar cuando tú te cases con su hermana, y tu hija se convierta en sobrina

política suya, o algo así? ¿Le dará esto derecho a comenzar a... tontear con tu hija otra vez?

Madvig bostezó y dijo:

—No me has entendido bien, Ned. No te he pedido consejo acerca de todo eso. Sólo acerca de lo que puedo regalarle a Janet.

La cara de Ned perdió su animación para convertirse en una máscara ligeramente hosca.

—¿Hasta dónde has llegado con ella? —preguntó en una voz que no indicaba en absoluto lo que pudiera estar pensando.

—Hasta ninguna parte. He estado en su casa como media docena de veces para hablar con el senador. Unas veces la veo y otras veces no, pero sólo para saludarla con otras personas delante. Sabes muy bien que todavía no he tenido ocasión de hablar con ella.

Un destello de burla iluminó los ojos de Ned momentáneamente para luego desaparecer. Se echó hacia atrás con la uña del pulgar una punta del bigote y preguntó:

—¿Mañana cenas allí por primera vez?

—Sí, pero espero que no sea la última.

—¿Y no te han convidado a la fiesta de cumpleaños?

—No —dijo Madvig vacilando—, todavía no.

—Entonces no te va a gustar mi contestación.

Nada denotó el rostro de Madvig al preguntar:

—¿Y cuál será?

—No le regales nada.

—¡Qué cosas dices!

—Haz lo que te plazca —dijo Ned encogiéndose de hombros—. Me lo has preguntado.

—Pero ¿por qué?

–No se deben hacer regalos si no se está seguro de que la persona a quien se le hacen va a recibirlos con gusto.

–A todo el mundo le gusta que...

–Puede que sí. Pero hay más. Cuando regalas algo a alguien, estás diciendo a voces que sabes que a esa persona le gusta que se lo hagas.

–Ya te comprendo –dijo Madvig, que se frotó la barbilla con los dedos de la mano derecha, frunció el ceño y dijo–: Supongo que tienes razón –se despejó la frente y añadió–: Pero no voy a desaprovechar la ocasión, puedes estar seguro.

–Entonces –dijo Ned rápidamente–, flores o algo así. Sería lo indicado.

–¿Flores? ¡Pues sí! Yo estaba pensando en...

–Claro, a ti te gustaría regalarle un descapotable, o un par de metros de perlas. Ya tendrás ocasión de hacerlo más tarde. Empieza por poco y ve aumentando la dosis.

Madvig hizo un gesto de disgusto:

–Supongo que tienes razón. Tú sabes más de estas cosas que yo. Le mandaré unas flores.

–Que no sean demasiadas –y añadió sin detenerse–: Walt Ivans anda diciendo que deberías hacer que suelten a su hermano.

Madvig se estiró el chaleco.

–Pues la respuesta es que su hermano se va a quedar encerrado hasta después de las elecciones.

–¿Vas a dejar que se celebre el juicio?

–Sí –respondió Madvig, y añadió algo más acaloradamente–: Y tú sabes perfectamente que no puedo evitarlo, Ned. Ahora que todo el mundo se va a presentar a la

reelección, y con las asociaciones femeninas en plan de guerra, sería un disparate arreglar el juicio de Tim.

Ned sonrió irónicamente y habló dejando arrastrar las vocales:

–No teníamos que preocuparnos gran cosa de las asociaciones femeninas antes de entrar a formar parte de la aristocracia.

–Pues ahora sí –repuso Madvig, con la mirada apagada.

–La mujer de Tim va a dar a luz el mes que viene –dijo Ned.

Madvig dio un resoplido de impaciencia:

–La cuestión es complicar las cosas. ¿Por qué no piensan en las consecuencias antes de meterse en líos? Son tontos, todos son tontos.

–Y tienen voto.

–Eso es lo malo –refunfuñó Madvig. Miró airadamente al suelo un momento, alzó la cabeza y añadió–: Nos cuidaremos de él tan pronto como queden contados los votos, pero no se puede hacer nada hasta entonces.

–Eso no les va a sentar muy bien a los chicos –dijo Ned mirando de reojo al hombre rubio–. Tontos o no, están acostumbrados a que se les proteja y cuide.

Madvig sacó ligeramente la barbilla. Los ojos, redondos y de azul sin brillo, estaban clavados sobre Ned. Y dijo en voz queda:

–¿Bien?

Ned sonrió y respondió con voz normal:

–Sabes que no se necesitará gran cosa para que comiencen a decir que las cosas marchaban de manera distinta antes de que te unieras con el senador.

—¿Sí?

Ned se mantuvo firme, sin cambiar el tono de voz o la sonrisa:

—Sabes que haría falta poco para que comenzaran a decir que Shad O'Rory todavía cuida de sus muchachos.

Madvig, que le había escuchado con aire de prestar gran atención, ahora dijo en un tono que logró que fuera perfectamente tranquilo:

—Y sé que tú no vas a animarlos a que empiecen a decirlo, Ned; y sé que puedo confiar en ti para que hagas todo cuanto esté en tu mano para que terminen esos comentarios, si es que los oyes.

Ambos permanecieron callados durante un momento, mirándose a los ojos, y no hubo cambio alguno en la expresión de sus rostros. Fue Ned quien rompió el silencio:

—Quizá fuera conveniente que nos ocupáramos de la mujer de Tim y del niño.

—Buena idea —dijo Madvig, metiendo la barbilla, al tiempo que los ojos perdían su opacidad—. Encárgate de ello, ¿quieres? Dale todo lo que haga falta.

3

Ivans estaba aguardando a Ned al pie de la escalera, con ojos luminosos y esperanzados:

—¿Q-q-qué t-t-he ha dicho?

—Lo que te advertí: que no puede. Después de las elecciones hará todo lo necesario para que suelten a Tim, pero antes no puede.

Ivans bajó la cabeza y refunfuñó sordamente.

Ned puso una mano en el hombro al otro, más bajo que él, y le dijo:

–Es una mala suerte, y nadie lo sabe mejor que Paul, pero no puede evitarlo. Quiere que le digas a ella que no pague ninguna cuenta, que se las mande todas a Paul: alquiler, comestibles, médico, sanatorio, todo.

Walter alzó la cabeza rápidamente y tomó una de las manos de Ned entre las suyas:

–¡Esto es m-m-muy de agradecer! –y tenía húmedos los ojos–. P-p-pero quisiera que soltaran a T-t-tim...

–Bueno, siempre existe la posibilidad de que ocurra algo que le permita a Paul conseguir que le suelten.

–Retiró la mano y se despidió–: Hasta la vista.

Pasó por detrás de Ivans y se dirigió a la puerta del billar.

El billar estaba desierto. Cogió el abrigo y el sombrero y se encaminó a la puerta de la calle. Caían oblicuamente largas hileras de lluvia color de ostra en China Street. Ned sonrió y le habló a la lluvia en voz baja:

–¡Caed, caed, hermanitas! Caed por valor de tres mil doscientos cincuenta dólares.

Regresó y pidió un taxi.

4

Ned retiró las manos del cuerpo sin vida y se enderezó. La cabeza del muerto cayó ligeramente hacia la izquierda, en dirección contraria a la acera, de manera tal que sus facciones quedaron iluminadas por el farol de la esquina. Era un rostro joven, y su expresión de ira resulta-

ba aumentada por el oscuro verdugón que cruzaba en diagonal la frente, desde el nacimiento del pelo rubio hasta una ceja.

Ned miró hacia ambos extremos de la calle. No se veía a nadie calle arriba. A dos manzanas de distancia, calle abajo, delante del Log Cabin Club, dos hombres estaban descendiendo de un automóvil. Dejaron el coche delante del Club, de frente a Ned, y entraron en la casa.

Después de mirar fijamente el automóvil durante varios segundos, Ned volvió violentamente la cabeza para mirar de nuevo calle arriba. Luego, con una rapidez que convirtió en uno solo los dos movimientos, giró y se refugió de un salto bajo la sombra del árbol más cercano. Respiraba por la boca, y aunque la luz revelaba en sus manos diminutas gotitas de sudor, estaba tiritando. Se alzó el cuello del abrigo.

Permaneció en la sombra oscura del árbol, con una mano apoyada en él, quizá medio minuto. Entonces se enderezó bruscamente y comenzó a andar hacia el Log Cabin Club. Fue aumentando la velocidad de su paso e inclinando hacia adelante el cuerpo. Ya iba casi corriendo cuando vio a un hombre que venía en dirección opuesta por la acera de enfrente. Redujo al punto su marcha y comenzó a andar erguido. El hombre entró en una casa antes de cruzarse con él.

Cuando llegó al Club, ya no respiraba por la boca. Tenía aún algo pálidos los labios. Miró al automóvil vacío sin detenerse, subió la breve escalinata del Club y entró en él.

Harry Sloss y otro hombre cruzaban en aquel momento el vestíbulo desde el guardarropa. Se detuvieron y dijeron simultáneamente: «Hola, Ned». Y Sloss añadió: